

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

21



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1980

Teoría que debe remitirse, como a su fundamento, a *Phys.*, VIII, 7-9, donde Aristóteles se refiere al movimiento del cielo, eterno y eternamente moviente de las esferas inferiores y del sol con ellas. El cual sol,

moviéndose circularmente de un modo determinado, ocasiona cíclicamente las estaciones las cuales producen, a su vez, las cosas que de ellas dependen (338 b 3),

y esto porque

el principio motor, primero y principal, es el círculo según el cual se traslada el sol: éste, separando y reuniendo en tanto se acerca o se aleja, es evidentemente causa de la generación y de la corrupción (*Meteor.*, 346 b 20).

Se cierra de este modo, con una apelación a la causa primera originante específica, el tema de la corrupcio-generación natural, y el tratado *De generatione et corruptione*.

ENRIQUE MOLINA GARMENDIA Y SU CONCEPCIÓN DEL ESPÍRITU

DR. MIGUEL DA COSTA LEIVA
Universidad de Concepción, Chile.

RESEÑA BIOGRÁFICA

ENRIQUE MOLINA GARMENDIA (1871-1964), profesor y abogado, considerado uno de los "Fundadores" de la Filosofía Hispanoamericana, según la conocida expresión de Francisco Romero, prolífero autor de una veintena de libros en que trata temas de filosofía pura (*Filosofía Americana*, *La Filosofía de Bergson*, *De lo Espiritual en la vida humana*, *Nietzsche, dionisiaco y asceta*, *Tragedia y realización del espíritu*, *Por los valores espirituales*, etc.), educación (*Educación contemporánea*, *De California a Harvard*, *Las funciones de la Universidad*, *Discursos Universitarios*, etc.), de viaje (*Por las dos Américas*, *Páginas de un Diario*, *Peregrinaje de un universitario*, etc.), políticos (*Las democracias americanas y sus deberes*, *La revolución, los estudiantes y la democracia*, *La revolución rusa y la dictadura bolchevista*, etc.), de historia (*Goethe y su ideal de perfeccionamiento*, *Alejandro Venegas*, *La filosofía en Chile en la primera mitad del siglo XX*, etc.), sociología (*Ciencia e intuición en el devenir social*), y sobre temas diversos (*Llamado de superación a la América Hispana*, etc.). También escribió más de cien ensayos incidentales sobre filosofía y asuntos aledaños. Ejerció en Chile y en algunos países latinoamericanos un reconocido liderazgo intelectual. Fundó la Revista *Atenea*, de la Universidad de Concepción, donde se han expresado significativos intelectuales de este continente. Fundó la Universidad de Concepción de la cual fue Rector durante 36 años. Durante su vida recibió diversos reconocimientos a su obra intelectual, moral y material. Los intelectuales chilenos de la primera mitad de este siglo lo tuvieron como una especie de mecenas y solicitado árbitro para encauzar y afianzar vocaciones. Fue fundador y primer Presi-

dente de la Sociedad Chilena de Filosofía; a su extensa labor se debe el que las universidades chilenas incrementaran el estudio sistemático de la filosofía. Durante su rectorado mantuvo una cátedra libre de filosofía donde daba a conocer su pensamiento y el de aquellos autores que le interesaban. Posesionado de una cultura general muy amplia su participación en los foros culturales fue muy solicitada en Chile y en el extranjero. Fue uno de los intelectuales más sobresalientes de su generación.

MIGUEL DA COSTA LEIVA, Doctor y Licenciado en Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid y Profesor de la Universidad de Concepción. Ha sido Director del Instituto de Filosofía de esa Universidad, Director de la Revista *Cuadernos de Filosofía*; publica regularmente ensayos de filosofía en la Revista *Cuadernos de Filosofía y Atenea*. Dicta clases de Historia de la Filosofía Antigua. (Obras: *Los Fragmentos de los Presocráticos*, *Los Filósofos Presocráticos*, dos tomos, 1977). Está sistematizando la obra de Enrique Molina y rescatando su producción inédita (Obra: *El Pensamiento de Enrique Molina Garmendia*, dos tomos, 996 págs.), en preparación *Epistolario de Enrique Molina y los intelectuales iberoamericanos*.

Enrique Molina Garmendia y su concepción del espíritu

A la clásica expresión de Aristóteles que a los hombres les estimuló a filosofar el *deseo de conocer*, agrega Molina las condiciones del *dolor y del error*. Filosofar viene a ser como una búsqueda de adaptación a las limitaciones que necesariamente impone la vida en el orden sensible, y en compensación, ensayo de la libertad para remontarse al infinito de lo especulativo. Todas las filosofías tienen como función específica *la comprensión del Ser*. La ciencia no basta para desvelar los misterios interrogativos ante el Ser, por el contrario, acrecienta la admiración y el misterio de éste. Por eso, que los intentos por destruir o suprimir a la Metafísica se estrellarán siempre con la evidencia, si se quiere intuitiva y sencilla, de que existe una región del saber en la que sólo cabe el Ser, cuyo estudio no se puede llegar a prescindir.

El Ser, según Molina, no se define, pero puede llegarse a intuir y hasta sensibilizarse en uno mismo. El Ser tiene algunas propiedades que nos recuerdan la herencia del viejo Parménides: único, infinito, eterno y además, divino. No podemos conocer su origen ni su fin, por lo que debemos reconocer su carácter necesario y absoluto.

El Ser tiene la potencia dadora de vida y espíritu. Es capaz de crear y hacer perdurar la vida. En este desplegamiento, va pasando por estructuras materiales sucesivas que van, desde el cuerpo físico inorgánico, hasta llegar al

hombre que es donde se asienta el espíritu. Con el hombre, hace su aparición la estructura superior del Ser. Molina insistirá mucho en esta relación: Ser-Espíritu, señalando que el Ser sin Espíritu es como un gigante ciego y mudo, ni bueno ni malo, sin sentido y sin expresión. Necesita de la vida para darse a través del Espíritu. La vida es una de las estructuras en que se va operando la trascendencia del Ser. En este sentido, el hombre viene a constituirse en un *colaborador del Ser*, somos parte de éste, "estamos en él, vamos con él". No somos espectadores ni algo aparte del Ser, sino parte integrante de éste. El Ser es capaz de desdoblarse y contemplarse a sí mismo por medio del espíritu humano. Este desdoblamiento, apunta a la raíz del principio de Identidad, en cuanto concebimos al Ser completo: los modos contingentes del Ser, que suceden en el ámbito espacio-temporal, no son más que cambios de formas de éste, bajo las cuales subyace una identidad absoluta que permanece. La eternidad es el atributo del Ser puro substancial.

La espiritualidad es otra dimensión del Ser. Jamás encontramos al Espíritu como una entidad pura, sino asociada a una estructura física orgánica, a una vida. El Espíritu necesita salir de su estado solipsista en razón de ese postulado esencial del ser por expresarse. Esta potencia inmanente del Ser se convierte en trascendencia con el concurso del hombre, por eso que éste es un colaborador de la creación. Prestamos fe a nuestras sensaciones y percepciones, con lo cual vamos afirmando la realidad del mundo exterior. Es trascendente así la acción perceptiva y sensitiva que pasa del sujeto al objeto, que sobre las vivencias de aquél realiza la hipóstasis de éste. Molina entiende la trascendencia, en este caso, como el tránsito, de una estructura a otra superior en que se van verificando las síntesis creadoras de la naturaleza. No es partidario de una trascendencia absoluta, porque carece de sentido en el orden material. "Existir en un ser pleno de posibilidades —dice— es como estar en el seno de Dios. De la inmanencia de la conciencia creadora se irradia la más infinita trascendencia. Si los hombres no escuchan a Dios en su conciencia y no lo sienten ni lo realizan en ella, no lo encuentran ni lo sienten ni lo realizan en ninguna parte."¹

La identificación que Molina reconoce entre Ser y Espíritu (esto último como potencia inmanente de éste, capaz de adquirir un desenvolvimiento racional a través del hombre), le lleva a rectificar el *cógito* cartesiano mediante la siguiente fórmula: "Pienso, luego existo y el Ser existe: Yo soy el Ser". Molina es de opinión que al filósofo le es absolutamente imposible concebir su pensamiento, como del Todo, solo en el mundo, huérfano de conexión con alguna otra entidad. La idea de un Espíritu absolutamente puro

¹ MOLINA, Enrique, *Confesión filosófica*, p. 68.

le repugna por su falsificación. Hasta los estados superiores del misticismo o del nirvana suponen un residuo de afinidad con el Mundo. Un Espíritu absolutamente puro sería inconsciente de sí mismo y de la realidad. Necesita de la conexión del Ser, o dicho de otra manera, el Ser se expresa por medio del Espíritu.

De entre las funciones del Ser al hombre le cabe una específica: la espiritualidad. Sólo lo espiritual no se halla definitivamente hecho y espera para su alumbramiento que nosotros lo vayamos realizando. Por el hombre es posible llevar a cabo propósitos, creaciones, designios reflexivos. Si existe un determinismo que explique la causalidad científica, este determinismo impuesto por el Ser llega sólo hasta la aparición del espíritu del hombre, en cuyo seno, se aloja la voluntad que hace posible la libertad humana.

El Espíritu tiene como nota o estructura superior a la *Razón*. Su función consiste en refrenar los impulsos ciegos de la estructura orgánica, superar el Instinto y abrir el surco de la Conciencia disidente.

La realización del Espíritu por el hombre no es tarea fácil. Se lleva a cabo a través de un proceso cuyo primer término es una tragedia y que comienza con el cuerpo. El Instinto carece de los dos atributos esenciales del Espíritu: la libertad y el discernimiento de valores. La *Razón* es aliada de los Instintos buenos o positivos, pero domina a aquellos que Molina reconoce como negativos o malos. Cuando la relación entre el Instinto y *Razón* se da equilibradamente, se abona el terreno para que el Espíritu florezca en mejor forma. Por el contrario, cuando los Instintos se extravían, o no pueden ser dominados por la *Razón*, se producen las pasiones y los vicios, y el Espíritu en general, se quiebra en su desenvolvimiento.

Los factores sociales y los ambientes que están más allá de nuestro cuerpo, agudizan la tragedia espiritual. Siempre el hombre tendrá como tarea resolver y superar estas barreras, elementos básicos de su moralidad, con el fin de establecer una ecuación equilibrada entre *Razón* e Instinto. En esta tarea el Espíritu puede sacar de sí mismo algunas fuerzas y potencias para sobreponerse a su tragedia. Molina las cualifica en el valor, la bondad, la verdad y la justicia. Son estas virtudes las que podrían dar a nuestras vidas algunas notas de eternidad.

En la realización de la vida espiritual, el hombre se enfrenta además al problema de buscar *un sentido a su vida*. Surge así, desde la conciencia disidente, la *actitud filosófica* como proceder cauteloso y metódico para buscar la verdad, la bondad, la justicia y el valor, que en este caso, se transforman en fines de la realización de la vida espiritual. En lo que respecta a la con-

ducta, esta actitud consistirá en la serenidad y equilibrio a que se llega por medio del cultivo de la filosofía. Desde otro punto de vista, esta actitud filosófica, permite dar a las cosas su verdadera proporción y perspectiva dentro de la comprensión de lo universal. Coloca al Espíritu bajo la constelación de valores superiores, esenciales a la personalidad humana.

De lo anterior se infiere, según Molina, que la actitud filosófica es coincidente con el más perfecto ejercicio de la libertad. Ella enseña a elegir en qué consiste la libertad individual. En este proceso interviene otro elemento del Espíritu: la *voluntad*. Si no fuera así, sería un espíritu loco o azaroso. La quiddidad o esencia de la voluntad es el resorte espontáneo capaz de elegir entre dos o más alternativas. Esta quiddidad nunca abandona al Espíritu, sea cual fuere la situación en que el hombre se encuentra. Este es conciente, en los peores momentos, de optar o no, por la libertad.

La actitud filosófica supone también, ciertas normas éticas y jurídicas que incluso el hombre individual puede tratar de superar. A menudo las censura y critica para mejorarlas.

El sentido religioso, por su parte, cuando no lo enturbian ni el fanatismo ni la intolerancia, conduce fácilmente a la actitud filosófica.

Esta actitud filosófica no es optimista ni pesimista, nos dice nuestro autor: es de serenidad. Frente a la antinomia "acción-contemplación" al hombre se le presentan serios quebrantos para realizar su espiritualidad. No es ya el sobreponerse simplemente a la clásica trilogía de amor, dolor y muerte. Así tenemos que, para el hombre, es cada vez más dramática su preocupación en las exigencias económicas como requisitos para mantener su libertad. Los trajines que demandan la vida contemporánea, imposibilitan el pleno ejercicio de la atención y del pensar: todo se hace atropelladamente sin escuchar ni prestar atención, lo que incide en una cada vez mayor ausencia de cultura ética y de disciplina de la mente. El hombre siente el drama y la falencia de poder elevarse a una mayor contemplación cuya cúspide debiera ser el *amor* en su mayor expresividad y plenitud.

Los que encarnan la actitud contraria, la *antifilosófica*, son la rémora de la sociedad, y en cierto modo, actúan en contra de los designios superiores del mismo Ser. Son aquellos en que la *Razón* y la voluntad están aprisionadas o esclavizadas por los Instintos. El Espíritu, en este caso, no puede desdoblarse positivamente para contemplar la plenitud del Todo. Son los hombres que atentan contra el mismo hombre y con el universo y que encuentran el significado de su vida en fines como, la búsqueda y satisfacción del poder por el poder; los honores, sólo por la vanidad; y las riquezas y los placeres, como una forma de satisfacerse a sí mismo.

Pero el espíritu está siempre en lucha, en constante evolución y superación, porque es propio de su naturaleza ir avanzando y manifestándose en realizaciones de la mayor intensidad con objeto de bastarse a sí mismo. Estos momentos de plenitud se hacen evidente a través del amor, en el alma mística que siente a Dios, en el corazón que sustenta las normas o virtudes del valor, bondad, verdad y justicia.

Molina insiste en no poder concebir el absoluto de la conciencia, encerrada en un puro solipsismo y subjetivismo estéril. Tampoco entiende como pueda darse el puro *noumeno* o cosa en sí, retirado totalmente del alcance de nuestra conciencia cognoscente. Piensa, en cambio, que la relación interna entre Ser y Espíritu, es decir, el desplegamiento del Ser en el Espíritu, hace posible la ciencia de lo real; las categorías lógicas que el Espíritu aprehende no son más que las categorías que rigen al Ser y que el Espíritu hace evidente, mostrable. Por lo mismo, no debe existir antinomia entre realismo e idealismo, entre ciencia y filosofía, sino más bien una conciliación o complementación recíproca.

No se muestra partidario de una telefinalidad de la vida humana, porque sus condiciones son incompatibles con la libertad. ¿Qué libertad podría haber si los actos voluntarios son la realización de un designio proyectado por una voluntad superior? Pero, podría existir una telefinalidad dirigida, cuya acción llegaría sólo hasta el momento en que el Espíritu entró en acción a través del hombre, en cuyo caso éste comenzaría a obrar con libertad. Esta ecuación supondría una conciliación entre la antinomia libertad-determinismo.

Si la vida se extinguiera en el planeta, el Ser adjudicaría vida a otros Seres o modos contingentes, en otros lugares del universo, con el propósito de continuar desarrollando al Espíritu porque, como hemos dicho, el Ser sin Espíritu es como un gigante ciego y mudo al faltarle su básica esencia de expresarse para contemplarse a sí mismo.

En este proceso de realización espiritual, que en el fondo no es más que la propia historia del hombre, éste ha venido creando un mundo material y otro espiritual. El concepto de creación debe entenderse aquí como un proceso o acto de transformación de substancias; como producción de síntesis llevadas a cabo con elementos ya existentes. No olvidemos que el proceso cósmico del Todo no es más que un eterno desplegarse del Ser absoluto y necesario.

El mundo espiritual está constituido por aquellos conceptos y valores que se encuentran incorporados en la religión, en el arte, en la ciencia, en los usos y costumbres sociales y en todos aquellos elementos que componen la cultura y la civilización. La firmeza del mundo espiritual dependen en gran medida del papel que desempeñan los valores.

El mundo material lo forman las realizaciones y productos artificiales que producen, la industria y la técnica.

Ambos mundos necesitan complementarse. El olvido de esta interacción trae consecuencias destructivas: cuando se desprecian o descuidan factores pertenecientes al mundo espiritual, como los valores morales, religiosos, jurídicos, estéticos, etc., el mundo material se resiente e incluso puede llegar a derrumbarse. A la inversa, la falta de elementos materiales, como los que emanan del orden económico, de la seguridad, etc., puede llegar hasta quebrar los valores de una sociedad. El ejemplo lo encontramos repetido en las épocas de decadencia y de crisis. La sociedad y el hombre necesitan entonces de un equilibrio en su dinámica a través de lo que Molina llama "Ley de reciprocidad".

Esta unión inseparable que Molina exige entre lo espiritual y lo material le lleva a reconocer a lo menos tres formas de vida espiritual arquetípica: una, la hecha a base de resignación y renunciamiento. Es la vida propia de los santos, ascetas y de algunos filósofos. Su característica principal consiste en la devoción que profesan a los valores espirituales.

La segunda, es aquella que, sin llegar a una resignación absoluta se hace sin un sustrato económico suficiente. Es la que han llevado hasta el presente algunos pueblos como los sudamericanos.

La última, es la que florece en armonía con un progreso material sólido. Ha hecho aparición en algunos momentos de la historia, como ocurrió con Atenas en el siglo V a.C., en la Roma de Augusto y en Florencia en el siglo XV. Propone llamar a ésta última "cultura integral".

La convivencia social supone una cualificación de la realización del Espíritu, puesto que el individuo, considerado como entidad aislada constituye una abstracción. Por eso que el Espíritu se constituye a la vez en un fenómeno social. Esto lleva a Molina a reconocer tres formas en que la entidad espiritual se presenta a nuestra consideración.

a) *El Espíritu personal*, que se reconoce a sí mismo como una entidad que conserva a través del tiempo la conciencia de su propia identidad. La persona humana, en su dinámica biográfica, se va haciendo a sí misma conforme a lo que debe ser y con los cambios que reclama la búsqueda de superación. En este intento, no siempre el hombre logra conservar su línea espiritual. A veces, ocurren hechos que traen para él una desintegración de su personalidad. De tiempo en tiempo, el hombre siente la necesidad de someter lo vivido, lo observado y estudiado, a reflexión meditativa. La inquisitoria va dirigida fundamentalmente a aspectos de nuestra vida espiritual concernientes al arte, la ciencia, la religión, la filosofía y hasta la formación misma de la personali-

dad. Por lo común, el conocimiento que la persona tiene de sí misma resulta ser deficiente e incompleto. Es una de las grandes tragedias del ser humano el desconocerse a sí mismo. Las experiencias de la vida, las responsabilidades y luchas que asume, le dan la ocasión de irse conociendo, de potenciarse y a la vez, llegar a conocer a los demás. Difícil tarea que la mayoría de los hombres nunca llegan a concluir. El mejor arte para vivir debería consistir precisamente en el éxito que pudiéramos tener en estas tareas.

b) *El espíritu objetivo*, constituido por la red social que incluye y toma al individuo durante toda su vida y además, por las manifestaciones espirituales de los grupos sociales, el lenguaje, creencias, valores, etc., que constituyen la cultura y la tradición. Se caracteriza porque no tiene conciencia de sí mismo; por eso que sus manifestaciones necesitan siempre de un espíritu personal para expresarse. En las formas del espíritu objetivo hallamos a los principales protagonistas de la historia, pueblos, razas, colectividades religiosas, etc. De ahí que a veces se le llame a este espíritu objetivo, en alguna de sus fases, *espíritu histórico*. Todo lo que es susceptible de tener historia está sometido a un ciclo inexorable de nacimiento, apogeo y muerte. Hay que deducir entonces, que el propio espíritu objetivo puede llegar hasta extinguirse, por el desaparecimiento de los individuos que lo componen.

c) *El espíritu objetivado*, que está constituido por aquellas expresiones vivas del espíritu personal y objetivo incorporadas a algo material. Es la forma que tiene el espíritu de pervivir a través de la historia incorporándose a productos del arte, la técnica, la ciencia, etc., para asegurar su conservación más allá de la vida individual. Muchas veces una obra o producto del espíritu tiene una duración mayor que el material en que está incorporado e incluso lo trasciende en su existencia empírica.

Estos tres tipos de manifestaciones del Espíritu se encuentran estrechamente vinculados.

Los valores, forman un conjunto de las tres clases de espíritu de que hemos hablado recientemente: del espíritu personal en cuanto significan ideas y sentimientos de los individuos; del espíritu objetivo, en cuanto estados anímicos, creencias y maneras de sentir de la colectividad; y del espíritu objetivado, como substancia de leyes y códigos, de libros, de cuentos y poesías populares, de estatuas, cuadros, templos y de todas clases de monumentos en que se hallan incorporados.

Los valores, según nuestro autor, significan vivencias relativas al hombre. A lo menos, los valores éticos, jurídicos, estéticos y religiosos, son inconcebibles sin las relaciones de los hombres entre sí. En todos estos valores, la existencia

del nombre es un antecedente imprescindible, puesto que las formas espirituales que conocemos sólo se manifiestan en él, aún cuando la materia pueda tener un ser en sí. Los valores, pues, aunque hundan sus raíces en los instintos, constituyen exponentes de esas formas superiores. No concuerda Molina con aquella concepción que adjudica a los valores un ser en sí. Aceptar esta hipótesis significaría lo mismo que investir a la Razón existencia parecida.

Los valores, resultan de un proceso ascendente que comienza en su aspecto más elemental con lo instintivo y que culmina en ciertos conceptos abstractos, proceso durante el cual la trabazón entre lo afectivo y lo intelectual no se deshace jamás. Cuando percibimos concretamente valores en las cosas o en los hechos, llevamos a cabo una función en que colaboran los sentimientos y el intelecto y que significa una de las formas en que vamos realizando nuestra vida intelectual.

La falta de una existencia en sí no implica la posesión de una aparente relatividad de los valores. En ningún momento Molina duda de la realidad de éstos, por mucho que hayan sido los atabares que han padecido a través de la historia humana. Los valores son conquistas espirituales que se han ido transmitiendo por siglos entre los humanos, o por lo menos en algunos espíritus selectos. Estos constituyen la mejor heredad que recibimos de la labor secular del hombre: deber nuestro es cultivarlos porque éstos embellecen y hacen progresar la vida.

Es posible efectuar una escala jerárquica de valores. Molina coloca en primer lugar a los *valores morales*. Piensa que los creyentes colocarían en el mismo sitio a los valores religiosos. Enseguida vienen, sucesivamente, los valores intelectuales, jurídicos y estéticos. Su punto de vista es establecer una escala a cuya base se encuentre lo más vital para nosotros. Al ascender por ella, el hombre debe encontrar abierto diferentes campos de investigación científica, artística y filosófica, en una perspectiva de posibilidades ilimitadas.

Especial interés tiene para Molina que el hombre desarrolle durante su vida un conjunto de valores que él llama "*valores espirituales*", y que centra en el cultivo de un humanismo cuya naturaleza se encarga de especificar. Existe una condición esencial del hombre que está enraizada en su propia dignidad esencial; consiste ésta en superar en él, a la naturaleza, en todo aquello que tiene de fuerza bruta irracional y puramente instintiva. Esta superación se hace por medio de la Razón —facultad última del Espíritu— y es la que tiene que posibilitarnos para discurrir la auténtica ciencia de las cosas y además, para intentar poner en ellas el sello esencialmente humano. Es por la Razón, las cosas y las relaciones que surgen entre éstas y nosotros, entre nosotros y los

demás, por lo que podemos llegar a construir un mundo auténticamente humano.

De ahí que la vida humana tenga el imperativo de darse un claro sentido a su existencia. La vida que corresponde al ser humano tiene que ser plena, con valores cuya alcornica tocan lo trascendente. Cuando no se alcanzan tales objetivos, la vida se descolora. La falta de finalidad, carácter y esperanza es una vida perdida, un espejismo.

La metafísica de la conducta a que aspira el pensamiento de Molina quiere enseñarnos la forma cómo constituir ese humanismo centrado en el espíritu personal. Es necesario primero, obtener de sí mismo lo mejor que sea posible encontrar en cuanto potencias axiológicas, tratando de obtener en esta pesquisa esencial, la libertad, el valor y todos los sentimientos nobles que caracterizan a los valores espirituales. Se refiere aquí Molina, también a las llamadas cuatro virtudes cardinales. Sólo después podremos endilgar nuestro propósito por luchar reformar la sociedad en que vivimos. Cuando tengamos conciencia de nuestra propia dignidad, podremos alentar la dignidad de los demás. Sólo de la fuerza que emerge de uno mismo es posible pensar, crear y obrar con confianza en medio de la vorágine y de la desorganización que nos rodea.

Todos los grandes hombres que han iluminado con su saber a la humanidad han sido formidables luchadores de la dignidad humana. Fundado en estos ejemplos, cada hombre debe aportar su propio esfuerzo en el desarrollo de su espiritualidad, cultivando todas las virtudes que sirvan a la humanidad: ese es el mensaje de su metafísica en tanto insiste en la necesidad de dar un sentido a la vida.

El cultivo de los valores espirituales se ha tornado cada vez más problemático: Los hombres han olvidado enseñanzas modélicas, perdiendo enseñanzas claves de valores acuñados en épocas de crisis. El individualismo egoísta y la violencia del apetito se han enseñoreado en casi todos los órdenes de la vida espiritual. En tal caso, al espíritu personal le es difícil encontrar su justo equilibrio de expresión y tiende a alejarse cada vez más de un humanismo integral. Los hombres que sienten y viven en sus conciencias lúcidas los ideales humanistas, que tienen fe en unos valores espirituales, constitutivos de un mundo distintivamente humano, tienen la obligación y hasta la necesidad, de luchar por él, como representantes tal vez más genuinos de la estirpe y condición de la especie.

Cuando lo trascendental desaparece de las perspectivas ideológicas, es necesario salvar lo auténticamente humano. Existe la necesidad de establecer el respeto y veneración de lo humano por encima de todo proselitismo y ban-

dería, incluso por sobre nuestras conveniencias personales. En fin, el culto y cultivo del hombre total pasa los límites de la política y casi toma los caracteres de una estricta dimensión ontológica y metafísica.

Hemos dicho que en su tarea de realizar su espiritualidad el hombre debe buscar un sentido a su vida. Molina sostiene que el *progreso* puede servir de núcleo a una concepción interpretativa de ésta, a condición de no mantener este concepto restringido exclusivamente en el plano social y político donde tanto se ha abusado y vulgarizado.

El progreso debe ser mirado como una creación espiritual cuya esencia va objetivándose en el mundo espiritual y material que antes aludíamos. Las creaciones del hombre siempre están amenazadas por la caducidad.

Genéticamente, el progreso se presenta siempre bajo la forma de una *idea nueva*, creada por un espíritu personal. En el orden técnico suele llamársele *invento*. Pero no todo invento o idea nueva se presta al progreso: es menester que sirva para el bien, es decir, que sus aplicaciones tengan un valor moral y social. Todo progreso que signifique un aumento de poder sobre las cosas conlleva enseguida un nuevo problema ético al hombre que lo administra.

La idea nueva, que tipifica al progreso, resulta de un acto espontáneo del Espíritu, o más exactamente, de la Razón, como resultado de una síntesis creadora a cuya base están todas las experiencias y conocimientos anteriores.

El progreso sigue más o menos, los siguientes principios:

- a) No se manifiesta universalmente (en los hombres, pueblos o épocas).
- b) Depende de un estado social anterior.
- c) Las diferentes funciones sociales influyen unas sobre otras recíprocamente, siendo mayor la acción de las más fundamentales (lo económico puede afectar lo artístico, por ejemplo).
- d) La idea de un estado de progreso absoluto y total es una utopía (siempre habrá posibilidad de cambio).
- e) Las inferencias sociales son sólo relativas (no tienen la precisión de las ciencias matemáticas).
- f) El progreso está en relación directa con la dominación del hombre sobre la naturaleza y en relación inversa con la dominación o explotación del hombre por el hombre (el progreso implica respeto a la persona humana).
- g) Sin esfuerzo no hay progreso (el trabajo tiene un valor esencial).